

LA HISTORIA DE LOS PODEROSOS ACTOS DE DIOS

Volumen 1 – Sermón No. 263

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 17 DE JULIO DE 1859,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS**

***“Oh Dios, con nuestros oídos hemos oído, nuestros padres nos han contado,
la obra que hiciste en sus días, en los tiempos antiguos”
Salmos 44:1***

QUIZÁS no haya historias que se nos queden tan grabadas como las que oímos en nuestra infancia, esos cuentos que nos cuentan nuestros padres y en nuestras guarderías. Es una triste reflexión que demasiadas de estas historias son ociosas y vanas, de modo que nuestras mentes en la primera infancia están teñidas de fábulas, e inoculadas con narraciones extrañas y mentirosas.

Ahora bien, entre los primeros cristianos y los antiguos creyentes de los tiempos lejanos, los cuentos infantiles eran muy diferentes a los de ahora, y las historias con las que se entretenían sus niños eran de una clase muy distinta a las que nos fascinan en los días de nuestra infancia. Sin duda, Abraham hablaba a los niños pequeños sobre el diluvio, y les contaba cómo las aguas cubrieron la tierra, y cómo sólo Noé se salvó en el arca.

Los antiguos israelitas, cuando vivían en su propia tierra, les contaban a sus hijos sobre el Mar Rojo, y las plagas que Dios hizo en Egipto cuando sacó a su pueblo de la casa de servidumbre. Entre los primeros cristianos sabemos que era costumbre que los padres contaran a sus hijos todo lo referente a la vida de Cristo, los actos de los apóstoles y otros relatos interesantes.

Ahora bien, entre nuestros antepasados puritanos, tales eran las historias que amenizaban su infancia. Sentados junto a la chimenea, ante aquellos viejos azulejos holandeses con pintorescos y excéntricos dibujos sobre la historia de Cristo, las madres enseñaban a sus hijos cómo Jesús caminó sobre las aguas, o cómo multiplicó los panes, o su maravillosa transfiguración, o la crucifixión de Jesús.

Oh, cómo quisiera que los cuentos de la época actual fueran semejantes, que las historias

de nuestra infancia volvieran a ser las historias de Cristo, y que cada uno de nosotros creyera que, después de todo, no puede haber nada tan interesante como lo que es verdad, y nada más sorprendente que esas historias que están escritas en la Sagrada Escritura, nada que pueda conmover más verdaderamente el corazón de un niño que las maravillosas obras de Dios que Él hizo en los tiempos antiguos.

Ahora bien, parece que el salmista que escribió esta oda tan musical había oído de su padre, transmitido por la tradición, las historias de las cosas maravillosas que Dios había hecho en su día, y después, este dulce cantor de Israel las enseñó a sus hijos, y así una generación tras otra fue llevada a llamar a Dios bendito, recordando sus actos poderosos.

Ahora, mis queridos amigos, esta mañana me propongo recordar a sus mentes algunas de las cosas maravillosas que Dios ha hecho en el tiempo antiguo. Mi objetivo y propósito será excitar sus mentes para que busquen lo mismo, para que mirando hacia atrás lo que Dios ha hecho, puedan ser inducidos a mirar hacia adelante con el ojo de la expectativa, esperando que Él extienda de nuevo su mano poderosa y su brazo santo, y repita esos actos poderosos que realizó en los días antiguos.

En primer lugar, hablaré de las maravillosas historias que nuestros padres nos han contado, y que hemos oído de los tiempos antiguos; en segundo lugar, mencionaré algunas desventajas bajo las cuales estas viejas historias trabajan con respecto al efecto sobre nuestras mentes, y luego, sacaré las inferencias apropiadas de esas cosas maravillosas que hemos oído que el Señor hizo en los días de antaño.

I. Comencemos, pues, con *las maravillosas historias que hemos escuchado sobre las antiguas obras del Señor*.

Hemos oído que Dios ha realizado a veces actos muy poderosos. El simple curso cotidiano del mundo ha sido perturbado con maravillas ante las cuales los hombres se han asombrado enormemente. Dios no siempre ha permitido que su iglesia siga escalando lentamente hacia la victoria, sino que a veces se ha complacido en asestar un golpe terrible, y derribar a sus enemigos en la tierra, y ordenar a sus hijos que marchen sobre sus cuerpos postrados. Volved entonces a los registros antiguos, y recordad lo que Dios ha hecho.

¿No recuerdas lo que hizo en el Mar Rojo, cómo hirió a Egipto y a toda su caballería, y cubrió el carro y el caballo del Faraón en el Mar Rojo? ¿No has oído contar cómo Dios hirió a Og, rey de Basán, y a Sehón, rey de los amorreos, porque se opusieron al avance de su pueblo? ¿No has sabido cómo demostró que su misericordia es eterna, cuando mató a esos grandes reyes y derribó a los poderosos de sus tronos?

¿No has leído también cómo Dios hirió a los hijos de Canaán, y expulsó a sus habitantes, y

dio la tierra a su pueblo para que fuera una posesión por sorteo para siempre? ¿No has oído cómo, cuando las huestes de Jabín vinieron contra ellos, las estrellas en sus cursos lucharon contra Sísara? ¿Cómo el río de Cisón los arrastró, "ese antiguo río, el río Cisón", y no quedó ninguno de ellos? ¿No se te ha contado también cómo por la mano de David, Dios hirió a los filisteos y cómo por su mano derecha hirió a los hijos de Amón? ¿No has oído cómo Madián fue confundido, y las miríadas de Arabia fueron dispersadas por Asa en el día de su fe?

¿Y no has oído también cómo el Señor envió una ráfaga sobre las huestes de Senaquerib, de modo que por la mañana todos eran hombres muertos? ¡Cuéntense, cuéntense sus maravillas! Hablad de ellas en vuestras calles. Enseñenlas a sus hijos. Que no se olviden, porque la diestra del Señor ha hecho cosas maravillosas, su nombre es conocido en toda la tierra.

Sin embargo, las maravillas que más nos interesan son las de la era cristiana, y seguramente no son segundas que las del Antiguo Testamento. ¿Nunca has leído cómo Dios se ganó un gran renombre en el día de Pentecostés? Vayan a este Libro del registro de las maravillas del Señor y lean. Pedro, el pescador, se levantó y predicó en el nombre del Señor su Dios. Se reunió una multitud y el Espíritu de Dios cayó sobre ellos, y sucedió que tres mil personas en un solo día fueron agujoneadas en su corazón por la mano de Dios, y creyeron en el Señor Jesucristo.

¿Y no sabéis cómo los doce apóstoles con los discípulos iban por todas partes predicando la Palabra, y los ídolos caían de sus tronos? Las ciudades abrían de par en par sus puertas y los mensajeros de Cristo recorrían las calles y predicaban. Es cierto que al principio fueron expulsados de aquí para allá, y cazados como perdices en los montes, pero ¿no recordáis cómo el Señor consiguió para sí una victoria, de modo que en cien años después de clavar a Cristo en la cruz, el Evangelio había sido predicado en todas las naciones, y las islas del mar habían oído su sonido?

¿Y has olvidado ya cómo se bautizaba a los paganos, de a miles, en todos los ríos? ¿Qué río hay en Europa que no pueda dar testimonio de la majestuosidad del Evangelio? ¿Qué ciudad hay en la tierra que no pueda contar cómo la verdad de Dios ha triunfado, y cómo el pagano ha abandonado a su falso dios, y ha doblado su rodilla ante Jesús el crucificado?

La primera difusión del Evangelio es un milagro que nunca será eclipsado. Todo lo que Dios pudo haber hecho en el Mar Rojo, lo ha hecho aún más dentro de los cien años posteriores al momento en que Cristo vino por primera vez al mundo. Parecía como si un fuego del cielo recorriera la tierra. Nada podía resistir su fuerza. El rayo de la verdad hizo temblar cada pináculo del templo de los ídolos, y Jesús fue adorado desde la salida del sol hasta la puesta de este. Esta es una de las cosas que hemos escuchado de los tiempos antiguos.

¿Y no has oído hablar de las maravillas que Dios hizo por medio de los predicadores algunos cientos de años después de esa fecha? ¿No te han contado acerca de Crisóstomo, el de la boca de oro, cómo siempre que predicaba, la iglesia se llenaba de oyentes atentos, y allí, de pie y levantando las manos santas, hablaba con una majestuosidad sin parangón, la Palabra de Dios en verdad y justicia, el pueblo estaba escuchando, pendientes de cada palabra y rompiendo el silencio con palmas y pisadas, y luego callados por un rato, hechizados por el poderoso orador, y luego entusiasmados, poniéndose de pie, aplaudiendo y gritando de alegría. Fueron innumerables las conversiones en su día, Dios fue magnificado en extremo, pues los pecadores fueron salvados en abundancia.

¿Y nunca os han contado vuestros padres las maravillas que se hicieron después, cuando las negras tinieblas de la superstición cubrieron la tierra, cuando el papado se sentó en su trono de ébano y extendió su vara de hierro sobre las naciones y cerró las ventanas del cielo, y apagó las mismas estrellas de Dios e hizo que una densa oscuridad cubriera a los pueblos?

¿No has oído nunca cómo Martín Lutero se levantó y predicó el Evangelio de la gracia de Dios, y cómo las naciones temblaron, y el mundo oyó la voz de Dios y vivió? ¿No has oído hablar de Zwinglio entre los suizos, y de Calvino en la santa ciudad de Ginebra, y de las poderosas obras que Dios hizo por medio de ellos?

Es más, como británicos, ¿han olvidado al poderoso predicador de la verdad? ¿han dejado de oír la maravillosa historia de los predicadores que Wickliffe envió a cada ciudad y a cada aldea de Inglaterra, predicando el Evangelio de Dios? Oh, ¿no nos dice la historia que estos hombres eran como astillas de fuego en medio del rastrojo seco, que su voz era como el rugido de un león, y su salida como el resorte de un león joven? Su gloria era como el primogénito de un buey, empujaban a la nación ante ellos, y en cuanto a los enemigos, decían: "Destruidlos". Nadie podía hacer frente a ellos, porque el Señor, su Dios, los había ceñido de poder.

Para acercarnos un poco más a nuestros tiempos, verdaderamente nuestros padres nos han contado las cosas maravillosas que Dios hizo en los días de Wesley y de Whitefield. Las iglesias estaban todas dormidas. La irreligión era la regla del día. Las mismas calles parecían correr con la iniquidad, y las alcantarillas estaban llenas de la iniquidad del pecado.

Se levantaron Whitefield y Wesley, hombres cuyos corazones el Señor había tocado y se atrevieron a predicar el Evangelio de la gracia de Dios. De repente, como en un momento, se oyó el estruendo como de unas alas y la iglesia dijo: "¿Quiénes son esos que vuelan como una nube, y como las palomas a sus ventanas?" ¡Vienen! Vienen, sin número, como las aves del cielo, con un estruendo como el de los vientos impetuosos que no se pueden resistir. En pocos años, a partir de la predicación de estos dos hombres, Inglaterra se impregnó de la verdad evangélica. La Palabra de Dios era conocida en todas las ciudades, y apenas había una aldea

en la que los metodistas no hubieran penetrado.

En aquellos días de la lenta diligencia, cuando el cristianismo parecía haber comprado los viejos vagones en los que nuestros padres viajaban antaño, donde los negocios corren a vapor, y a menudo la religión se arrastra con su vientre por la tierra, nos asombran estos relatos, y los consideramos maravillas. Sin embargo, creámoslos, nos llegan como asuntos sustanciales de la historia. Y las cosas maravillosas que Dios hizo en los tiempos antiguos, por su gracia las volverá a hacer. El que es poderoso ha hecho grandes cosas y su nombre es santo.

Hay una característica especial sobre la que me gustaría llamar su atención con respecto a las obras de Dios en la antigüedad, que derivan un interés y una maravilla cada vez mayores del hecho de que todas fueron cosas repentinas. Los antiguos creadores de nuestras iglesias creen que las cosas deben crecer suavemente, por grados, debemos ir paso a paso hacia adelante. La acción concentrada y el trabajo continuado, dicen, traerán finalmente el éxito. Pero la maravilla es que todas las obras de Dios han sido repentinas.

Cuando Pedro se levantó a predicar, no tardó seis semanas en convertir a los tres mil. Se convirtieron de inmediato y se bautizaron ese mismo día, se convirtieron en esa hora a Dios, y llegaron a ser tan verdaderos discípulos de Cristo como lo hubieran sido si su conversión hubiera tomado setenta años.

Así fue en la época de Martín Lutero, no le costó siglos romper la espesa oscuridad de Roma. Dios encendió la vela y la vela ardió, y allí estaba la luz en un instante, Dios obra de repente. Si alguien hubiera podido pararse en Württemberg y decir: "¿Se puede hacer temblar al papismo, se puede hacer temblar al Vaticano?". La respuesta habría sido: "No, se necesitará al menos unos mil años para hacerlo. El papado, la gran serpiente se ha enroscado de tal manera alrededor de las naciones, y las ha atado tan firmemente en su bobina, que no pueden ser liberadas sino por un largo proceso".

Sin embargo, Dios dijo: "No es así". Golpeó fuertemente al dragón, y las naciones quedaron libres, cortó las puertas de bronce, y rompió las barras de hierro, y el pueblo fue liberado en una hora. La libertad no llegó en el transcurso de los años, sino en un instante. El pueblo que andaba en tinieblas vio una gran luz, y sobre los que habitaban en tierra de sombra de muerte, brilló la luz.

Así fue en los días de Whitefield. La reprensión de una iglesia adormecida no fue una obra de años, sino que se hizo de inmediato. ¿Nunca has oído hablar del gran avivamiento bajo Whitefield? Tomemos como ejemplo el de Camslang. Estaba predicando en el patio de la iglesia a una gran congregación que no podía entrar en ningún edificio, y mientras predicaba, el poder de Dios cayó sobre la gente, y uno tras otro se derrumbó como si estuviera herido, y

al menos se calculó que no menos de tres mil personas gritaron a la vez bajo la convicción de pecado. Siguió predicando, ahora tronando como Boanerges, y luego consolando como Bernabé, y la obra se extendió, y ninguna lengua puede contar las grandes cosas que Dios hizo bajo ese único sermón de Whitefield. Ni siquiera el sermón de Pedro en el día de Pentecostés fue igual.

Así ha sido en todos los avivamientos, la obra de Dios se ha hecho repentinamente. Como un trueno, Dios ha descendido de lo alto, no lentamente, sino que cabalga sobre querubines, y vuela sobre las alas del viento poderoso. La obra ha sido súbita, los hombres apenas podrían creer que es verdad, que se ha hecho en tan corto espacio de tiempo. Testifique el gran avivamiento que está ocurriendo en Belfast y sus alrededores. Después de examinar cuidadosamente el asunto, y después de ver a algún hermano de confianza y bien amado que vivía en ese vecindario, estoy convencido, a pesar de lo que puedan decir los enemigos, de que es una obra genuina de la gracia y que Dios está haciendo maravillas allí.

Un amigo que vino a verme ayer me dice que los hombres más bajos y viles, las mujeres más depravadas de Belfast, han sido visitadas con esta extraordinaria epilepsia, como la llama el mundo, pero con esta extraña prisa del Espíritu, como la tenemos nosotros.

Hombres que han sido borrachos han sentido de repente un impulso que les obligaba a orar. Se han resistido, han recurrido a sus copas para apagarlo, pero cuando han estado jurando, tratando de apagar el Espíritu con sus blasfemias, Dios los ha puesto por fin de rodillas, y se han visto obligados a clamar por misericordia con gritos desgarradores, y a agonizar en oración, y entonces, después de un tiempo, el maligno parece haber sido expulsado de ellos, y en un estado de ánimo tranquilo, santo y feliz, han hecho una profesión de su fe en Cristo, y han caminado en su temor y amor.

Los católicos romanos se han convertido. Me pareció algo extraordinario, pero se han convertido con mucha frecuencia en Ballymena y en Belfast. De hecho, me han dicho que los sacerdotes están vendiendo ahora pequeñas botellas de agua bendita para que la gente las tome, con el fin de preservarse de este desesperado contagio del Espíritu Santo. Se dice que esta agua bendita tiene tal eficacia, que aquellos que no asisten a ninguna de las reuniones no son susceptibles de ser intervenidos por el Espíritu Santo, según les dicen los sacerdotes.

Pero si asisten a las reuniones, ni siquiera esta agua bendita puede preservarlos; son tan propensos a caer presa de la influencia divina. Creo que es tan probable que lo hagan sin ella como con ella. Todo esto se ha producido de forma repentina, y aunque podemos esperar encontrar una parte de excitación natural, estoy convencido de que en su mayor parte es una obra real, espiritual y duradera. Hay un poco de espuma en la superficie, pero hay una corriente profunda que no puede ser resistida, que barre por debajo y se lleva todo por delante.

Al menos hay algo que despierta nuestro interés, cuando comprendemos que en la pequeña ciudad de Ballymena, en el día de mercado, los publicanos siempre han aceptado cien libras por el whisky, y ahora no pueden aceptar un soberano en todo el día en todas las casas públicas. Los hombres que antes eran borrachos se reúnen ahora para rezar, y la gente después de escuchar un sermón no se va hasta que el ministro haya predicado otro, y a veces un tercero, y al final se ve obligado a decir: "Deben irse, estoy agotado."

Entonces se dividirán en grupos en sus calles y en sus casas, clamando a Dios que permita que esta poderosa obra se extienda, para que los pecadores se conviertan a Él. "Bueno", dice uno, "no lo creemos". Es muy probable que tú no puedas, pero algunos de nosotros sí, porque lo hemos escuchado con nuestros oídos, y nuestros padres nos han contado las obras poderosas que Dios hizo en sus días, y estamos preparados para creer que Dios puede hacer obras similares ahora.

Debo señalar aquí de nuevo que en todas estas viejas historias hay una característica muy clara. Siempre que Dios ha hecho una obra poderosa, ha sido por medio de algún instrumento muy insignificante. Cuando mató a Goliat, fue por medio del pequeño David, que no era más que un jovencito rubio. No guardes la espada de Goliat, siempre pensé que era un error de David, no guardes la espada de Goliat, sino guarda la piedra y atesora la honda en el arsenal de Dios para siempre. Cuando Dios quiso matar a Sísara, fue una mujer la que debió hacerlo con un martillo y un clavo. Dios ha hecho sus obras más poderosas con los instrumentos más mezquinos, y eso es un hecho muy cierto de todas las obras de Dios.

Pedro el pescador en Pentecostés, Lutero el humilde monje en la Reforma, Whitefield el mozo del Old Bell Inn en Gloucester en el tiempo del avivamiento del siglo pasado, y así debe ser hasta el final. Dios no obra con los caballos o carros del Faraón, sino que lo hace con la vara de Moisés, no hace sus maravillas con el torbellino y la tormenta, sino que las hace con la pequeña y tranquila voz para que la gloria sea suya y el honor sea todo suyo. ¿No abre esto un campo de estímulo para ti y para mí? ¿Por qué no podemos emplearnos en hacer alguna obra poderosa para Dios aquí?

Además, hemos notado en todas estas historias de las obras poderosas de Dios en la antigüedad, que dondequiera que Él ha hecho alguna cosa grande, ha sido por alguien que ha tenido una fe muy grande. En este momento creo que, si Dios quisiera, todas las almas de esta sala se convertirían ahora mismo. Si Dios decidiera poner en marcha las operaciones de su propio Espíritu poderoso, ni el corazón más obstinado sería capaz de resistirlo. "Tendrá misericordia de quien quiera tener misericordia". Él hará lo que le plazca, nadie puede detener su mano. "Bueno", dice uno, "pero no espero ver grandes cosas". Entonces, mi querido amigo, no se decepcionará, porque no las verá, pero los que las esperan las verán. Los hombres de

gran fe hacen grandes cosas.

Fue la fe de Elías la que mató a los sacerdotes de Baal. Si hubiera tenido el pequeño corazón que tienen algunos de ustedes, los sacerdotes de Baal habrían seguido gobernando al pueblo, y nunca habrían sido heridos con la espada. Fue la fe de Elías la que le hizo decir: "Si el Señor es Dios, seguidlo, pero si es Baal, seguidlo". Y de nuevo: "Escoged un buey para vosotros, cortadlo en pedazos, ponedlo sobre leña y no pongáis fuego debajo, invocad el nombre de vuestros dioses, y yo invocaré el nombre de JEHOVÁ". Fue su noble fe la que le hizo decir: "Tomad a los profetas de Baal; que no escape ni uno de ellos", y los llevó al arroyo Cisón, y los mató allí, un holocausto a Dios. La razón por la que el nombre de Dios fue tan magnificado fue porque la fe de Elías en Dios fue tan poderosa y heroica.

Cuando el Papa envió su bula a Lutero, éste la quemó. Levantándose en medio de la multitud con el papel ardiente en la mano, dijo: "Mirad, esta es la bula del Papa". ¿Qué le importaban a él todos los Papas que habían entrado o salido del infierno? Y cuando fue a Worms para reunirse con la gran Dieta, sus seguidores le dijeron: "Estás en peligro, apártate". "No", dijo Lutero, "si hubiera tantos demonios en Worms como tejas en los tejados de las casas, no temería, iré"; y a Worms fue, confiado en el Señor su Dios.

Lo mismo ocurrió con Whitefield, él creía y esperaba que Dios hiciera grandes cosas. Cuando subió a su púlpito, creyó que Dios bendeciría a la gente, y Dios lo hizo. La poca fe puede hacer cosas pequeñas, pero la gran fe será grandemente honrada. Oh, Dios, nuestros padres nos han dicho que, siempre que han tenido una gran fe, Tú la has honrado haciendo obras poderosas.

No los detendré más en este punto, excepto para hacer una observación. Todas las obras poderosas de Dios han estado acompañadas de una gran oración, así como de una gran fe. ¿Habéis oído hablar del comienzo del gran avivamiento americano? Un hombre desconocido y oscuro, se propuso orar para que Dios bendijera a su país.

Después de orar y luchar y hacer la pregunta que conmueve el alma, "Señor, ¿qué quieres que haga? Señor, ¿qué quieres que haga?", alquiló una habitación y puso un anuncio de que se celebraría una reunión de oración a tal hora del día.

Fue a la hora apropiada y no había ni una sola persona, empezó a rezar, y rezó durante media hora solo. Al final de la media hora entró uno, y luego dos más, y creo que cerró con seis. A la semana siguiente, quizá acudieron cincuenta personas en diferentes momentos, y por fin la reunión de oración llegó a ser de cien personas, luego otros empezaron a iniciar reuniones de oración, y por fin apenas había una calle en Nueva York que no tuviera una reunión de oración.

Los comerciantes encontraban tiempo para acudir, en mitad del día, a rezar. Las reuniones de oración se convirtieron en diarias, con una duración de aproximadamente una hora, se enviaban peticiones y solicitudes, que simplemente se pedían y ofrecían ante Dios, y las respuestas llegaban, y muchos eran los corazones felices que se levantaban y daban testimonio de que la oración ofrecida la semana anterior ya se había cumplido.

Entonces, cuando todos oraban seriamente, el Espíritu de Dios cayó sobre la gente, y se rumoreó que en cierta aldea un predicador había estado predicando con gran seriedad, y que se habían convertido cientos de personas en una semana. El asunto se extendió por los estados del norte; estos avivamientos de la religión se hicieron universales, y a veces se ha dicho que un cuarto de millón de personas se convirtieron a Dios en el corto espacio de dos o tres meses.

Ahora, el mismo efecto se produjo en Ballymena y Belfast por los mismos medios. El hermano pensó que estaba en su corazón orar, y oró, luego celebró una reunión regular de oración, día tras día se reunieron para suplicar la bendición, y el fuego descendió y la obra se realizó. Los pecadores se convirtieron, no de uno en uno ni de dos en dos, sino por cientos y miles, y el nombre del Señor fue grandemente magnificado por el progreso de Su Evangelio. Amados, sólo les estoy contando los hechos. Hagan cada uno de ustedes su propia estimación de ellos, si les place.

II. De acuerdo con mi división, ahora tengo que hacer algunas observaciones sobre *los inconvenientes bajo los cuales estas viejas historias trabajan con frecuencia*.

Cuando la gente oye hablar de lo que Dios solía hacer, una de las cosas que dicen es: "Oh, eso fue hace mucho tiempo". Se imaginan que los tiempos han cambiado desde entonces. Dice uno: "Puedo creer cualquier cosa acerca de la Reforma; puedo asimilar los mayores relatos que se puedan dar". "Y lo mismo podría yo con respecto a Whitefield y Wesley", dice otro, "todo eso es muy cierto, ellos trabajaron vigorosa y exitosamente, pero eso fue hace muchos años. Las cosas estaban en un estado diferente entonces de lo que son ahora".

Concedido, pero quiero saber qué tienen que ver las cosas. Pensé que era Dios quien lo hacía. ¿Ha cambiado Dios? ¿No es un Dios inmutable, el mismo ayer, hoy y siempre? ¿No proporciona eso un argumento para probar que lo que Dios ha hecho en un momento dado puede hacerlo en otro? Es más, creo que puedo ir un poco más allá, y decir que lo que Él ha hecho una vez, es una profecía de lo que tiene la intención de hacer de nuevo: que las obras poderosas que se han llevado a cabo en el tiempo antiguo se repetirán, y el cántico del Señor se cantará de nuevo en Sión, y Él será de nuevo muy glorificado.

Otros entre ustedes dicen: "Oh, bueno, yo veo estas cosas como grandes prodigios o milagros. No debemos esperarlos todos los días". Esa es la razón por la que no los obtenemos. Si hubiéramos aprendido a esperarlos, sin duda los obtendríamos, pero los ponemos en el

estante, como si estuvieran fuera del orden común de nuestra religión moderada, como si fueran meras curiosidades de la historia de las Escrituras. Imaginamos que tales cosas, aunque sean verdaderas, son prodigios de la providencia, no podemos imaginarlas como si estuvieran de acuerdo con la obra ordinaria de su poderoso poder.

Les ruego, amigos míos, que abjuren de esa idea, que la saquen de su mente. Todo lo que Dios ha hecho en el camino de la conversión de los pecadores debe ser considerado como un precedente, pues "No se ha acortado su brazo para salvar, ni se ha agravado su oído para oír". Si estamos estrechos, no estamos estrechos en Él, estamos estrechos en nuestras propias entrañas. Asumamos la culpa de ello nosotros mismos, y busquemos con fervor que Dios nos devuelva la fe de los hombres de antaño, para que podamos disfrutar ricamente de su gracia como en los días de antaño.

Sin embargo, hay otra desventaja bajo la cual estas viejas historias trabajan. El hecho es que no las hemos visto. Puedo hablarles durante mucho tiempo sobre los avivamientos, pero no los creerán ni la mitad, ni la mitad de lo que se creería si uno ocurriera en medio de ustedes. Si lo vieran con sus propios ojos, entonces verían su poder.

Si hubieras vivido en la época de Whitefield, o hubieras oído predicar a Grimshaw, te creerías cualquier cosa. Grimshaw predicaba veinticuatro veces a la semana, predicaba muchas veces en el curso de un día bochornoso, yendo de un lugar a otro a caballo. Ese hombre sí predicaba. Parecía que el cielo bajaba a la tierra para escucharlo. Hablaba con una verdadera seriedad, con todo el fuego del celo que alguna vez ardió en el pecho de los mortales, y la gente temblaba mientras lo escuchaba y decía: "Ciertamente ésta es la voz de Dios."

Lo mismo ocurría con Whitefield. La gente parecía moverse de un lado a otro mientras él hablaba, como el campo de la cosecha se mueve con el viento. Tan poderosa era la energía de Dios, que después de escuchar tal sermón, los hombres de corazón más duro se iban y decían: "Debe haber algo en él, nunca he escuchado algo parecido".

¿No se dan cuenta de que estos son hechos literales? ¿Se levantan en todo su brillo ante sus ojos? Entonces creo que las historias que han escuchado con sus oídos deberían tener un efecto verdadero y apropiado en sus propias vidas.

III. Esto me lleva, en tercer lugar, a las *inferencias apropiadas que se deben extraer de las antiguas historias de los hechos poderosos de Dios.*

Quisiera poder hablar con el fuego de algunos de esos hombres cuyos nombres he mencionado. Oren por mí, para que el Espíritu de Dios descansa sobre mí, para que pueda suplicarles por un poco de tiempo con todas mis fuerzas, tratando de exhortarlos y estimularlos, para que obtengan un avivamiento similar en su medio.

Mis queridos amigos, el primer efecto que la lectura de la historia de las obras poderosas de Dios debe tener sobre nosotros, es el de la gratitud y la alabanza. ¿No tenemos nada que cantar hoy? Entonces cantemos sobre los días de antaño.

Si no podemos cantar a nuestro Bienamado una canción relativa a lo que está haciendo en medio de nosotros, tomemos sin embargo nuestras arpas de los sauces, y cantemos una vieja canción, y bendigamos y alabemos su santo nombre por las cosas que hizo a su antigua iglesia, por las maravillas que hizo en Egipto, y en todas las tierras en las que condujo a su pueblo, y lo sacó con mano alta y brazo extendido.

Cuando hemos comenzado a alabar a Dios por lo que ha hecho, creo que puedo aventurarme a inculcarles otro gran deber. Dejen que lo que Dios ha hecho les sugiera la oración de que Él repita las mismas señales y maravillas entre nosotros. Oh, hombres y hermanos, qué sentiría este corazón si pudiera creer que hay algunos entre ustedes que irían a casa y orarían por un reavivamiento de la religión, hombres cuya fe es lo suficientemente grande, y su amor lo suficientemente ardiente como para llevarlos desde este momento a interceder incesantemente, para que Dios aparezca entre nosotros y haga cosas maravillosas aquí, como en los tiempos de las generaciones anteriores.

Miren aquí, en esta asamblea presente, qué objetos hay para nuestra compasión. Mirando a mi alrededor, observo a uno y a otro cuya historia puedo llegar a conocer, pero cuántos hay todavía inconversos, hombres que han temido y que saben que lo han hecho, pero se han sacudido sus temores, y una vez más se están atreviendo a su destino, decididos a ser suicidas de sus propias almas y a alejar de ellas esa gracia que una vez parecía estar luchando en sus corazones. Se alejan de las puertas del cielo y corren a toda prisa hacia las puertas del infierno, ¿y no extenderás tus manos a Dios para detenerlos en esta desesperada resolución?

Si en esta congregación hubiera un solo inconverso, y yo pudiera señalarlo y decir: "Ahí está sentado, un alma que nunca ha sentido el amor de Dios, y nunca ha sido movida al arrepentimiento", con qué ansiosa curiosidad lo mirarían todos los ojos. Creo que de los miles de cristianos que hay aquí, no hay ninguno que se niegue a ir a casa y orar por ese solitario inconverso. Pero, oh, hermanos míos, no es uno el que está en peligro del fuego del infierno, aquí hay cientos y miles de nuestros semejantes.

¿Debo darte otra razón por la que debes orar? Hasta ahora todos los otros medios han sido utilizados sin efecto. Dios es testigo de cuántas veces me he esforzado en este púlpito para ser el medio de la conversión de los hombres. He predicado con todo mi corazón. No podría decir más de lo que he dicho, y espero que el secreto de mi cámara sea un testimonio del hecho de que no dejo de sentir cuando dejo de hablar, sino que tengo un corazón para orar por aquellos de ustedes que nunca son afectados, o que si son afectados todavía apagan

el Espíritu de Dios.

Oyentes míos, he hecho todo lo posible. ¿No acudiréis en ayuda del Señor contra los poderosos? ¿No lograrán vuestras oraciones lo que mi predicación no logra? Aquí están, os los encomiendo. Hombres y mujeres cuyos corazones se niegan a derretirse, cuyas tercas rodillas no se doblan, os los entrego y os pido que recéis por ellos. Llevad sus casos de rodillas ante Dios.

Esposa, nunca dejes de orar por tu esposo inconverso. Esposo, no dejes de orar hasta que veas a tu esposa convertida. Y, ¡oh, padres y madres! ¿no tenéis hijos inconversos? ¿no los habéis traído aquí muchos y muchos domingos, y siguen igual que antes? Los habéis enviado primero a una capilla y luego a otra, y siguen igual que antes. La ira de Dios permanece sobre ellos. Deben morir, y si mueren ahora, con certeza sabes que las llamas del infierno los envolverán. ¿Y te niegas a rezar por ellos? Corazones duros, almas brutas, si conociendo a Cristo vosotros mismos no rezáis por los que provienen de vuestros propios lomos, vuestros hijos según la carne.

Queridos amigos, no sabemos lo que Dios puede hacer por nosotros si tan sólo oramos por una bendición. Miren el movimiento que ya hemos visto, hemos presenciado Exeter Hall, la Catedral de San Pablo, y la Abadía de Westminster, abarrotadas hasta las puertas, pero no hemos visto todavía ningún efecto de todas estas poderosas reuniones. ¿No hemos tratado de predicar sin tratar de orar? ¿No es probable que la iglesia haya puesto su mano predicadora pero no su mano orante?

¡Oh, queridos amigos!, agonizamos en oración, y sucederá que esta Sala de Música será testigo de los suspiros y gemidos de los penitentes y de los cantos de los convertidos.

Sucedirá todavía que esta vasta hueste no irá y vendrá como ahora, sino que los hombres saldrán de este salón, alabando a Dios y diciendo: "Fue bueno estar allí, no fue otra cosa que la casa de Dios, y la misma puerta del cielo." Esto es para incitar a la oración.

Otra deducción que deberíamos sacar es que todas las historias que hemos escuchado deberían corregir cualquier autodependencia que pueda haberse colado en nuestros corazones traicioneros. Quizás como congregación hemos empezado a depender de nuestros números y demás. Puede que hayamos pensado: "Seguramente Dios debe bendecirnos a través del ministerio". Ahora bien, dejemos que las historias que nuestros padres nos han contado nos recuerden, y me recuerden a mí, que Dios no salvó por muchos ni por pocos, que no está en nosotros hacer esto, sino que Dios debe hacerlo todo, puede ser que algún predicador oculto, cuyo nombre nunca se ha conocido, algún oscuro habitante de St. Giles se levante todavía en esta ciudad de Londres, y predique la Palabra con mayor poder que el de los obispos o los ministros hayan conocido antes.

Le daré la bienvenida, que Dios lo acompañe, que venga de donde venga, sólo que Dios lo acelere, y que se haga la obra. Sin embargo, es posible que Dios tenga la intención de bendecir la agencia utilizada en este lugar para su bien y para su conversión. Si es así, me alegro tres veces de que así sea. Pero no dependas del instrumento. No, cuando los hombres se reían de nosotros y se burlaban más de nosotros, Dios nos bendecía más, y ahora no es una cosa de mala reputación asistir al Music Hall.

No somos tan despreciados como lo fuimos una vez, pero me pregunto si tenemos una bendición tan grande como la que tuvimos una vez. Estaríamos dispuestos a soportar otro apedreamiento en la picota, a pasar por otra prueba con todos los periódicos en contra nuestra, y con todos los hombres silbando y abusando de nosotros, si a Dios le place, si nos da una bendición. Sólo dejemos que Él eche fuera de nosotros cualquier idea de que nuestro propio arco y espada nos darán la victoria. Nunca obtendremos un avivamiento aquí, a menos que creamos que es el Señor, y sólo el Señor, quien puede hacerlo.

Habiendo hecho esta declaración, me esforzaré por estimularlos con la confianza de que se obtenga el resultado que he imaginado, y que las historias que hemos oído de los tiempos antiguos, se hagan realidad en nuestros días, ¿por qué no se ha de convertir cada uno de mis oyentes? ¿Hay alguna limitación en el Espíritu de Dios? ¿Por qué el ministro más débil no ha de ser el medio de salvación de miles de personas? ¿Se ha acortado el brazo de Dios?

Hermanos míos, cuando les pido que oren para que Dios haga que el ministerio sea rápido y poderoso, como una espada de dos filos, para la salvación de los pecadores, no les estoy imponiendo una tarea difícil, ni mucho menos imposible. No tenemos más que pedir y obtener. Antes de que llamemos, Dios responderá, y mientras estemos hablando Él escuchará. Sólo Dios puede saber lo que puede resultar del sermón de esta mañana, si decide bendecirlo.

A partir de este momento puedes orar más, a partir de este momento Dios puede bendecir más el ministerio. Desde esta hora otros púlpitos pueden estar más llenos de vida y vigor que antes. Desde este mismo momento la Palabra de Dios puede fluir, y correr, y precipitarse, y obtener para sí una victoria asombrosa e ilimitada. Sólo luchan en oración, reúnanse en sus casas, vayan a sus armarios, sean instantáneos, sean serios a tiempo y fuera de tiempo, agonicen por las almas, y todo lo que han oído será olvidado en lo que verán, y todo lo que otros les han dicho será como nada comparado con lo que oirán con sus oídos, y verán con sus ojos en su propio medio.

Oh tú, para quien todo esto es como un cuento ocioso, que no amas a Dios, ni le sirves, te ruego que te detengas y pienses un momento. Oh, Espíritu de Dios, descansa sobre tu siervo mientras se pronuncian algunas frases, y hazlas poderosas. Dios ha luchado con algunos de

ustedes. Han tenido sus tiempos de convicción. Ahora están tratando, tal vez, de ser infieles. Están tratando de decir ahora: "No hay infierno, no hay más allá". Eso no servirá. Ustedes saben que hay un infierno, y todas las risas de los que buscan arruinar sus almas no pueden hacerles creer que no lo hay. A veces intentáis pensar así, pero sabéis que Dios es verdadero.

No discuto contigo ahora. La conciencia te dice que Dios te castigará por el pecado. Tengan por seguro que no encontrarán felicidad en tratar de sofocar el Espíritu de Dios. Este no es el camino de la felicidad, apagar esos pensamientos que te llevarían a Cristo. Te ruego que quites tus manos del brazo de Dios, que no te resistas a Su Espíritu. Doblada la rodilla y echad mano de Cristo y creed en Él. Todavía llegará a esto. Dios, el Espíritu Santo, te tendrá.

Confío en que, en respuesta a muchas oraciones, Él tiene la intención de salvarte. Abran paso ahora, pero oh, recuerden, si tienen éxito en apagar el Espíritu, su éxito será el más terrible desastre que jamás les pueda ocurrir, pues si el Espíritu los abandona, están perdidos. Puede ser que esta sea la última advertencia que tengas. La convicción que ahora tratas de reprimir y sofocar puede ser la última que tengas, y el ángel que está con el sello negro y la cera puede estar ahora a punto de dejarlo caer sobre tu destino y decir: "Déjalo en paz. Eligió la embriaguez, eligió la lujuria, déjalo tener, y que coseche el salario en los fuegos eternos del infierno".

Pecadores, creed en el Señor Jesús, arrepentíos y convertíos, cada uno de vosotros. Me atrevo a decir lo que hizo Pedro. Rompiendo todo vínculo de cualquier tipo que pudiera atar mi labio, os exhorto en nombre de Dios a que os arrepintáis y escapéis de la condenación. Unos pocos meses y años más, y sabrán lo que significa la condenación, a menos que se arrepientan. Oh, vuela a Cristo mientras la lámpara se mantiene encendida y arde, y la misericordia todavía se te predica. La gracia se presenta todavía, acepta a Cristo, no te resistas más a Él, ven a Él ahora. Las puertas de la misericordia están abiertas de par en par hoy, ven ahora, pobre pecador, y ten tus pecados perdonados.

Cuando los antiguos romanos atacaban una ciudad, a veces tenían la costumbre de colocar en la puerta una bandera blanca, y si la guarnición se rendía mientras esa bandera blanca estaba allí, se les perdonaba la vida. Después se izaba la bandera negra, y entonces todos los hombres eran pasados a cuchillo. La bandera blanca está izada hoy, tal vez mañana la bandera negra sea izada en la asta de la ley, y entonces no hay arrepentimiento ni salvación ni en este mundo ni en el que ha de venir.

Un antiguo conquistador oriental, cuando llegaba a una ciudad, solía encender un brasero de carbón y, colocándolo en lo alto de un poste, proclamaba con sonido de trompeta que, si se rendían mientras la lámpara se mantuviera encendida y ardiendo, tendría piedad de ellos, pero que, cuando el carbón se agotara, asaltaría la ciudad, la arrancaría piedra a piedra, la

sembraría de sal y daría una muerte sangrienta a hombres, mujeres y niños.

Hoy los truenos de Dios te piden que tomes la misma advertencia. Ahí está tu luz, la lámpara, el brasero de carbones calientes. Año tras año el fuego se va apagando, sin embargo, queda carbón. Incluso ahora el viento de la muerte está tratando de apagar el último carbón vivo. Oh, pecador, vuélvete mientras la lámpara sigue ardiendo. Vuélvete ahora, cuando el último carbón esté muerto, tu arrepentimiento no te servirá de nada. Tus eternos gritos de tormento no conmoverán el corazón de Dios, tus gemidos y tus lágrimas salobres no podrán moverlo a compadecerse de ti.

Hoy, si escucháis su voz, no endurezcáis vuestros corazones como en la provocación. Oh, hoy aferraos a Cristo, "Honrad al Hijo, no sea que se enoje, y perezcáis en el camino, cuando su ira se encienda sólo un poco. Bienaventurados todos los que confían en él".

EstudiaLaPalabra.org